

SOBRE LA CAZA EN ORTEGA Y GASSET

DOCTOR D. JESÚS LÓPEZ MEDEL
*Académico de Número y Vicepresidente de la Sección de Derecho
de la Real Academia de Doctores de España*

INTRODUCCIÓN. LA CAZA Y LA AMISTAD

En esa actitud orteguiana de descender y ascender desde lo más humano o cercano a la vida, está el tema de la caza, en lo que pudiera haber de encuentro, diversión, ocupación, alimento, rentabilidad o mismidad, y cuyo pensamiento está anticipo, o consagrado en su prólogo a la obra *«Veinte años de caza mayor»*, del CONDE DE YEPES. Literalmente así consta —«*Obras Completas*», Tomo VI, páginas 419 a 491— como tal prólogo, a sus comienzos: «...*ya que soy tan incruento y a penas cazador...*». Si la admiración hacia el prologuista ORTEGA es sustancial para dar respuesta, me ocurre como al filósofo que no fue cazador incruento. En mi época de juventud —es anecdótico— acompañaba a algunas pandillas de cazadores en territorios turolenses en que residía un tío sacerdote, Mosén Jesús LÓPEZ BELLO, de *«La generación sacerdotal del 27»*, Zaragoza, 1994, y quien, con frecuencia, habría de madrugar para compartir alguna primera misa a los cazadores del contorno de Bello (Teruel), cercano a la Laguna de Gallocanta, en la que los ánades y las grullas eran o podían ser aves de paso. También para las codornices y conejos en los rastrojos de la planicie del campo de Bello, Las Cuerlas, y Tornos. Como en el caso de ORTEGA, me ocurre lo que dice al final, de su magno Prólogo: además de la razón, hay una razón:

«El filósofo es el hombre que alerta en el absoluto de las ideas, que son también una selva indómita y peligrosa. Faena tan problemática como la caza, la meditación corre el riesgo de renter bredouille. Es un resultado cuya probabilidad puede nadie desconocer quien, como yo, ha intentado dar caza a la caza».

Rememoro mis añejos estudios e investigaciones, sobre ORTEGA Y GASSET y el Derecho, en su momento tema inédito, con ocasión de la preparación de una «lección magistral de cátedras», que versaba sobre la aportación desde los propios textos orteguianos al mundo de lo jurídico. Sabíamos que, por insistencia de su padre, ORTEGA hubo de hacer en la Universidad Central los estudios de Derecho por libre, faltándole algunas asignaturas, por las razones que apunto en lo que llamo «mi tercera navegación orteguiana», contenida en la obra *«Ortega en el pensamiento jurídico»*, tercera edición, Madrid, 2003. Ese prólogo al libro del CONDE DE YEPES, me había servido mucho, para ir sistematizando, a mi modo, los puntos especiales acerca del Derecho y la Jus-

ticia. No solo, en su recorrido cronológico, pues se podía advertir un cierto desprecio a aquellos valores en sus primeros años. Acaso se debiera a alguna de las causas que se desprenden del expediente académico personal de Derecho que guardo como un tesoro. Es uno de los textos en el que ORTEGA confiesa, repetidas veces, el placer que le daba escribir sobre la caza. Y de tal manera que en esas casi cien páginas, se ve a un ORTEGA, con una buena prosa, persuasivo, didáctico, nada dogmático, acercándose como protagonista al estar, vivir, y ser de los cazadores y de las piezas. Con su entorno psico-sociológico. Para profundizar, felizmente en la Naturaleza, contenido efectos, finalidad, eticidad, trascendencia de la caza.

Anoto en este proemio, mi relación con su hijo mayor, el doctor Miguel ORTEGA SPOTTORNO, quien asistió a la presentación de nuestro libro citado. Tuve el honor de recibir su invitación para acompañarle en su casa en la calle del General Martínez Campos, de Madrid, a la «tertulia» que, un poco continuadora de las de su padre, sin que nosotros tuviéramos noticia de ello ni de sus componentes (quienes, a su fallecimiento en el 2006, aparte de acompañarle con Gisela, su esposa, en su última enfermedad, funerales, entierro, etc., organizamos un homenaje en la Real Sociedad Económico-Matritense de Amigos del País, pendiente de publicación a las fechas de este trabajo).

Puedo decir que la amistad, la compañía, la conversación con Miguel, al que el padre le llamaba «su» «arcángel», me fue muy útil. Detalles, sucesos, expresiones, opiniones de don José, se me presentaban más cercanos, más originales y no poco inéditos. Tras su fallecimiento, me quedé pensando que si, pudiera, habría de preparar mi «IV navegación orteguiana», para explicar las facetas o datos que pudieran pasar inadvertidos en un estudio rigurosamente académico.

Y aquí viene una nueva «circunstancia» —nunca mejor aplicado el término—. Efectivamente, don José no era —como le pasaba con los toros— incruento. Se posicionó en su metafísica de la vida, como realidad real. Una vida que «no nos viene dada hecha, sino que tenemos que hacérsola», y se acerca a los problemas que se dan en el hombre, en su mismidad, o en su masificación, o socialización, o desvertebración. De ahí que lo interesante es ver cómo se acerca también al tema de los toros, del arte de la mujer, de la técnica, de todo lo que ocurre, existencialmente en la vida, también en la muerte.

Y aparte de lo hermoso que narra, describe y medita sobre la caza, he podido, por esa amistad y conversaciones con el hijo Miguel, comprender mejor su pensamiento en orden a la caza. Por de pronto, ratificaría cuanto escribió en el Prólogo. Además que, ciertamente, participó en diversas cacerías, pero no como protagonista, quizá también por sus extensas relaciones sociales. Siempre iba acompañado de su hijo y doctor, Miguel, que lo hacía normalmente, también, como su conductor, su médico y su fotógrafo. Nosotros hemos sacado la impresión acerca del respeto, del placer, de la complejidad del escenario humano-social y vital de la caza. Naturalmente que sus reflexiones escritas trascienden al hecho mismo del hombre cazado, ocupado, con riesgo, etc. De ahí, que nosotros mismo tuviéramos —ya de los años 1960-70— notas y subrayados sobre ese texto. Se puede ver una «filosofía», una «antología», una «sociología», «una teoría», sobre la caza. A veces, incluso con rúbricas de carácter sistemático, pasando desde el concepto o definición de la caza, a su racionalidad y su ética, etc. Sobre esa base, pues, transcribiendo párrafos orteguianos, mejor que nuestras propias ideas, es como ordenamos este trabajo.

LA CAZA, ¿DIVERSIÓN, EVASIÓN, OCUPACIÓN?

Una de las primeras sugerencias orteguianas es preguntarse si se trata de una diversión, evasión u ocupación. Se llega ahí, porque indudablemente son aspectos de lo humano, y de una vida que hay que llenar. ¿De qué necesita el hombre divertirse? ¿Con qué logra divertirse? ... El problema de la diversión nos lleva más directamente al fondo de la condición humana: *«Lo más activo que el hombre es no hacer simplemente algo, sino dedicarse (el subrayado es de ORTEGA) a hacerlo... Los demás seres vivientes viven sin más. Al hombre, en cambio, no le es dado, sin más vivir, antes bien, puede y tiene que dedicarse, entregar deliberadamente y bajo su intransferible responsabilidad, su vida, o parte de ella, a determinadas ocupaciones. La dedicación es el privilegio y el tormento de nuestra especie... no sólo el CONDE DE YEPES, sino otros muchos hombres de nuestro tiempo, se ha dedicado al deporte de la caza... a lo largo de la Historia Universal, desde Sumeria a Arcadia... Cazar por gusto, albedrío o afición... ¿Qué diablo de ocupación es esta de la caza?»*, se pregunta de nuevo ORTEGA.

FELICIDAD Y MISMIIDAD EN LA CAZA

Antes de dar respuesta a su propia pregunta, ORTEGA vuelve a recordar su verdadera óptica filosófica al respecto:

«La vida que nos es dada tiene sus minutos contados, y además nos es dada vacía. Queramos o no tenemos que llenarla por nuestra cuenta, esto es, tenemos que ocuparla... El hombre, a diferencia del animal, perdió el sistema de sus instintos... Al encontrarse existiendo, se encuentra ante un pavoroso silencio. No sabe qué hacer, tiene él mismo que inventarse sus quehaceres o sus ocupaciones... No hay más remedio que escoger un programa de existencia... renunciar a una cosa para hacer otra... Desde muy antiguo, tal vez desde el principio (la vida) la tomaron los hombres como un “espacio de tiempo” que nuestros actos van llenando...» (luego invoca al Génesis, o habla de «ocupaciones forzadas», y de la vocación... *«Todo hombre se siente llamado a ser feliz, pero en cada individuo, esa difusa apelación se concreta en un perfil más o menos singular con que la felicidad se presenta. Felicidad es la vida dedicada a unas ocupaciones para las cuales cada hombre tienen singular perfección»*).

La idea de felicidad-perfección está inserta igualmente en el pensamiento cristiano, y subrayadamente en el SAN AGUSTÍN converso, y en SANTO TOMÁS DE AQUINO al que luego citará. Toda vez que el conocimiento de Dios y el amor de Dios, cuanto más profundo sean lo harán con mayor plenitud. Así incluso serán más copiosos los que corresponden con el próximo o en la sociedad... Pues bien, ORTEGA con citas del Quijote, y antes del «*Cynegeticous*» de ARRIANO: *«en vez de urdir utopías... si nos atenemos a los hechos, descubriremos, queramos o no, con simpatía o enojo, que la ocupación venturosa más apreciada por el hombre normal ha sido la caza... aunque posea diversas altitudes»*. Y aquí viene casi como un decálogo en prosa de los valores de la caza:

- Menester duro que exige mucho del hombre, mantenerse entrenado, arrostrar cansancio, aceptar el peligro.
- El cazador acepta una moral deportiva, cumple sus mandatos en soledad... así se empareja con la regla monástica y la ordenanza militar.

- En toda felicidad hay placer, pero este es un acontecimiento pasivo y conviene volver a ARISTÓTELES para quien exige un esfuerzo y una energía para la felicidad.
- Junto a los placeres que hay en la caza hay innumerables molestias. Las ocupaciones felices no son meramente placeres... el deporte es un esfuerzo libérrimo por pura complacencia, mientras que el trabajo lo es... por su rendimiento.

Luego ORTEGA, tras una penetración, con citas de POLIBIO y ESCIPIÓN EMILIANO, distingue que hay «*cazas que consisten en “cazar vivo” al animal. Los hombres primeros que domesticaron animales procuraron apoderarse de ellos sin matarlos*». Aunque luego, los progresos del arma para atrapar para matar, han de ser ajenos a la entraña de la caza... puesto que la caza no puede en lo sustancial progresar... Con esta conclusión, se equilibra, a nuestro modo de ver, ese aspecto de la felicidad del placer en el cazar, lo fue ocupación o trabajo.

«En la medida misma en que el arma iba siendo cada vez más eficaz, se fue el hombre imponiendo limitaciones frente al animal para dejar a este su juego, para no desnivelar excesivamente la pieza y el cazador, como si ultrapasar cierto límite en esa relación aniquilase el carácter esencial de la caza, transformándola en pura matanza y destrucción. De aquí que el enfrente entre el hombre y el animal tenga una frontera precisa, en que la caza deja de ser caza... donde allí el hombre da rienda suelta a su superioridad técnica, es decir, racional, sobra la animácula».

ORTEGA, pues, se ha adentrado en la «mismidad de la caza», que es algo así como la delimitación de fronteras, entre la caza del hombre respecto a los animales, y la de los animales entre sí, que no es por placer sino por instinto («*El gato caza ratones*»). Y llega a un punto definitorio previo.

«Caza es lo que un animal hace para apoderarse, vivo a muerto, de otro que pertenece a una especie vitalmente inferior a la suya. Viceversa, esa superioridad del cazador sobre la pieza no puede ser absoluta si ha de haber caza»... Pero «toda la gracia de cacería está en que sea problemática» (entre muestras de problematismo va a encontrarse lo que ORTEGA llama la «escasez de piezas», esencial a la cacería).

Tal fenómeno, históricamente, se ha dado de manera progresiva, pasados tanto tiempo desde el libro del CONDE DE YEPES, en la sociedad moderna, tal apreciación, al menos en el continente europeo, habría que ponerse en contraste con la realidad terrestre y urbano industrial de hoy. Siempre quedarían las zonas marítimas, en las ya no es filosofía de la caza, sino que se trataría de la pesca. Y aún así, con una más alargada, pero no con menos riesgo de su extinción.

La «escasez de la caza» —o la no abundancia en todo caso— es en donde, ya modernamente ha de centrarse aquella problemática, a la que habría de añadirse, el incremento —al contrario del animal domesticado—, y en su caso doméstico, que resulta una realidad intermedia entre el puro animal y el hombre.

ETICIDAD. LA MUERTE, UN ENIGMA

Este punto, para nosotros, es el que, después de los que ha sido «radiografía», o —en términos médicos— «resonancia» y auscultación del fenómeno —vitalista— en ORTEGA, más nos ha subyugado. Es un placer su relectura, no sólo porque corona su «meditación» sobre el libro del CONDE DE YEPES, también de una manera particular,

porque, en esos textos, hay abundantes alusiones a la «muerte». Ha sido un reproche, en términos generales a ORTEGA, lo escaso de su discurso y reflexiones acerca de la muerte. Nosotros mismos hemos hecho cuestión en nuestro libro citado *«Ortega y el pensamiento...»*, páginas 85-86. Es verdad que en las obras «Inéditas» se ve al maestro con algún acercamiento a «Dios a la vista» —aunque Julián MARÍAS recoge el testimonio de la hija Sonsoles, de que su padre en *«ningún momento dejó de pensar en Dios»*. Lo que quiero es subrayar la originalidad de ORTEGA en traer aquí —en la eticidad y racionalidad de la caza— reflexiones sobre la muerte. Independientemente de que las presente como colaterales, o si quiere genéricas, respecto al sujeto pasivo de la caza, el animal. *«La caza —escribirá ORTEGA al glosar el ethos ejemplos en la obra de Yepes— como toda actividad humana, va encuadrada en su ética, que discierne virtudes y vicios. Hay el cazador bellaco, pero hay también una beatería de cazador»... «Va todo esto a cuento de esa escena postrera que da fin a la cacería, en la cual la piel generosa de la bestia aparece mancillada por la sangre, y aquel cuerpo, que era pura agilidad, queda trasmutado en la absoluta parálisis que es la muerte»*. ¿Es lícito hacer eso?, se pregunta ORTEGA.

Más adelante va dando respuesta a la cuestión y subraya en negrita: *«Pertenece al buen cazador un fondo inquieto de conciencia ante la muerte que va a dar al encantador animal»*.

ORTEGA reconoce que no tiene plena seguridad de que la conducta del cazador sea correcta. Y podría opinarse lo contrario, máxime —decimos nosotros— tratándose de un ocuparse o divertirse de carácter muy personal, y en la fenomenología, de la caza, variable. Por eso mismo reconoce la posibilidad de profundizar sobre que *«la dimensión ética de la muerte del animal se plantea como ineludible, aunque resulta de mucha dificultad»*. Y lo explica con una óptica filosófica: *«Añádase a esto que la ética de la muerte es la más difícil de todas, por ser la muerte el hecho menos inteligible con que el hombre tropieza. En la moral venatoria el enigma de la muerte se multiplica por el enigma del animal»* (aunque sea entre paréntesis: se ha dicho que a ORTEGA le hubiera gustado haber descrito, o haber hechos «filosofía de su propia muerte». Algo de lo que también se ha señalado de Paco UMBRAL, aunque parece que éste intentó balbucear a su esposa María España, una palabra, dictadas en los momentos finales de su vida, aunque resultaron incoherentes).

Efectivamente, la muerte, aún la normal —enfermedad, envejecimiento, etc.— cuando se produce espontáneamente, es un enigma, y más si es de mano de tercero —el asesinato (la voz de Caín, y la voz de Dios), texto que trae ORTEGA: *«¿Qué has hecho? La voz de sangre de tu hermano clama a mi desde la tierra»*... el cadáver es carne que ha perdido su intimidad. En la morfología de la muerte se contraponen la caza como algo sin par, pues es el único caso normal en que matar a una criatura constituye la delicia de otra. La muerte es esencial (para la caza), salvo la deportista en la que no interesa la pieza), porque sin ella no hay auténtica cacería... No se caza por matar, sino al revés, se mata por haber cazado... y termina ORTEGA rubricando este punto, difícil y complejo: *«En el hecho universal de la caza se manifiesta el misterio fascinante de la Naturaleza, la jerarquía inexorable de los seres vivientes. Todo animal está en relación de superioridad o inferioridad con respecto a otro... La caza deportiva sumerge al hombre deliberadamente en ese formidable misterio, y por eso tiene algo de rito y emoción religiosa en que se rinde culto a lo que hay de divino, de trascendencia de las leyes de la Naturaleza»*.

RACIONALIDAD. LA NATURALEZA

El complemento a la eticidad en la caza es su racionalidad, partiendo de que esta característica, no debe presentarse en toda su plenitud, porque ha ido teniendo un desarrollo, e incluso «a lo largo de la historia, pasmosos retrocesos»... «El hombre es racional sólo con cuentagotas, ya que al hombre primigenio hay que contarle con cuentagotas». Y a continuación de esa reflexión general, se adentra más en el concreto en tema de caza y su racionalidad:

«Ese hombre auroral tuvo que dedicarse íntegramente a cazar para subsistir. Fue, pues, la caza, el primer trabajo y oficio del hombre... La primera forma de vida que ha adoptado al hombre» (me permito recordar mi obra «El Derecho como forma de vida social», ed. 1964-1965, 1975), aunque nosotros tomamos más de RECASENS SICHES y de LEGAZ LACAMBRA¹, tal expresión más depurada (y cercana a lo jurídico). Esto quiere decir que el ser hombre consistió primero en ser cazador. En vez de llamar a aquella criatura «El hombre», debería denominarlo «El Cazador». Y agrega, y aclara: «La caza primigenia no fue puro invento del hombre primigenio». Éste la había recibido, heredado del animal primate en que la peculiaridad humana brotó. No se olvida que el hombre ha sido una fiera (con sus colmillos y caninos).

Indudablemente se ha dado paso a la bestia; y del instinto al hombre con unas dosis mínimas de razón. La razón del hombre primigenio tiene casi el mismo radio de acción que el instinto, y para los efectos de la economía vital, debe computarse como un instinto más.

Luego se pasa a una «persecución» razonada. Las trampas son los primeros instrumentos; luego serían las armas. Se capturaba llevando al animal a despeñamientos o redadas. Más tarde, las armas forman parte —con sus técnicas— de medios de caza, aunque distanciados del animal. De cazador se pasa a ser pastor sedimentario. Sin embargo, el «progreso» del arma queda un tanto compensado con el retroceso en la forma de cazar. Aquí elogia la admiración del CONDE DE YEPES del cazador furtivo, porque en él funcionan mejor y menos apasionadamente los instintos, y los comportamientos más racionales, y menos cruentos. Impidiendo el desnivel entre la pieza y el cazador. De lo que podría deducirse de que «las líneas generales de cacería sean idénticas hoy y hace cinco mil años». Cuando la razón actúa como sucedáneo de instintos.

Esa racionalidad, luego de haber reflexionado sobre su tipicidad, le lleva a ORTEGA en un capítulo frondoso, retóricamente titulado «Vacaciones de Humanidades, esquemas de crisis», en el que, con textos de HOMERO y algunos suyos de los que ORTEGA recogió en «Esquemas de crisis», y de SAN AGUSTÍN, pretender situar sus reflexiones en un enfoque actual, en la «situación extraña del hombre histórico».

¹ Una glosa, más completa, y por tanto merecedora de considerarse en todo su sentido, es la que nos hace Manuel Fraga Iribarne en el volumen I en el *Libro Homenaje a Jesús López Medel*, Centro de Estudios Registrales, Madrid, 1999, titulado «Dinámica jurídica y dinámica social». Es como si el profesor y tratadista político y constitucionalista, además de centrar el tema dentro del pensamiento filosófico-jurídico —con cita de autores no españoles— quisiera profundizar en el sentido del alcance de lo dinámico del Derecho. Más que forma pura. Y se acerca a lo que fue *reforma* y no *ruptura* en la Transición. Me ha alegrado esa referencia trascendente a la propia CE y los riesgos que en 1999 ya preveía ante una actitud acomodatoria. Me alegra que me haya situado entre los investigadores del tema —entonces jóvenes—. Así lo he podido reflejar en *El Manuel Fraga que yo conocí*, como participación en el Homenaje a Fraga, Académico de Honor de la RADE, 27-3-2012, que espero no quede en inédito.

En la que pervive, como primeramente anotó, sobre su sentido de perfección y de felicidad. Pese a las enigmáticas simas de las que se vació vitalmente, llamadas hastío, aburrimiento.

Viene luego ORTEGA a sentenciar: *«El hombre es un tráfugo de la naturaleza. Se escapó de ella y empezó a hacer historia, que es esforzar en realidad lo inimaginario, lo inverosímil. La historia se hace siempre a contrapelo de la Naturaleza»*. De ahí que el maestro deseche la «caza fotográfica». La caza exige siempre el campo, campo de la caza. El campo cultivado es tierra ya transida de humanidad. Las otras formas de campo —el de labranza, el de batalla, el del turista—, no son ya puro campo. El cazador se siente más unido a la naturaleza.

EL CAZADOR, HOMBRE ALERTA

En ese seguimiento de ORTEGA sobre la caza, que resulta precioso, persuasivo y nosotros diríamos hasta elegante, el respeto con el cazador y con la pieza. Luego de adentrarse en aquellos aspectos más fundamentales como la eticidad, la razonabilidad y la humanidad, el maestro quiere poner el cierre a sus reflexiones con la rúbrica *«Cazador, hombre alerta»*, con una cualificación del sujeto, en una posición no pasiva, aunque también precipitada. Transcribe un largo texto de YEPES, que es descriptivo —por la experiencia— de cómo actuar, moverse, mirar, recordar, uso de prismáticos, de la comida, o cuando *«te estás descalzando y cuidando tus doloridos pies, en la puerta del refugio o de la tienda»*. Descansando al mirar. ORTEGA lo contempla: *«Mirar sin más, sin reduplicación ni encarecimiento, es dirigirse la vista a un punto del contorno donde por anticipado suponemos que está el objeto en cuestión... Nuestra atención, que es quien da la puntería a la mirada, se prende en ese lugar del horizonte por estar persuadidos de que allí aparecerá lo que se interesa. Esa atención a lo preconcebido equivale a quedar absorto en un punto del arca visible y desatender las demás»*... Aunque, puntualizará ORTEGA: *«la mirada y la atención del cazador son todo lo contrario. No cree saber por dónde va a venir el lance... el cazador sabe que no sabe lo que va a pasar, y este es uno de los alicientes de su ocupación... La atención que consiste en no fijarse en lo ya presumido, sino precisamente, es no presumir nada y evitar la desatención... El cazador es el hombre alerta»*... La vida como integral alerta, es la actitud en que el animal existe en la selva. Por ello, vive desde dentro su contorno (aquí ORTEGA, con acierto, ser remite a sus ensayos *«Ensimismamiento y alteración»*, 1939, y *«En torno a Galileo»*, Tomo V, Obras Completas, y cita a PLATÓN en su *«República»*, en su intento de «capturar» la justicia o hacerla aprehender, utilizando, en el diálogo de SÓCRATES-GLAUCÓN el símil de la caza, llamándole a SÓCRATES-cazador, y recomendando a GLAUCÓN, mirar y mirar, estar alerta).

El punto final —como al comienzo decíamos— es de una síntesis precisa, literaria y filosóficamente contacta y viva: ...Cuando el filósofo ha querido denunciar la actitud en que él —en su labor meditabunda opera—, se ha comparado con el cazador, Thereutes, dirá una y otra vez PLATÓN, Venator repetirá SANTO TOMÁS DE AQUINO... Sólo se piensa de verdad quien ante un problema, en vez de mirar sólo por derecho hacia lo que el hábito, la tradición, el tópico y la inercia mental harían presumir, se mantiene alerta, pronto a aceptar que la solución brinque del punto menos previsible en la gran rotundidad del horizonte... Como *«el cazador en el fuera absoluto que es el campo, en el absoluto dentro de las ideas, que son también una selva indómita y peligrosa. Fue tan problemática como la caza, la meditación corre siempre el riesgo de rentrer*

bredouille. Es un resultado cuya probabilidad puede menos que nadie reconocer quien como yo ha intentado en estas páginas dar caza a la caza».

Y, naturalmente, con gozo, podríamos decir nosotros que ORTEGA se sintió cazado por el CONDE DE YEPES, y nosotros, con parecida satisfacción, por el propio maestro. Si viviera «su» arcángel —Miguel ORTEGA SPOTTORNO— también hubiera sido tema de tertulia, aderezada de recuerdos personales de algunas cacerías, o de acompañamientos a aquéllas, en las que con frecuencia, además de diversión, u ocupación, se daba la política y la filosofía.